

El republicanismo agrario en Estados Unidos, 1785-1824

JUAN LUIS SIMAL

*El comercio produce la riqueza, pero la agricultura asegura la libertad.
Se dice que más valdría tener uno y otra a la vez,
pero resultan incompatibles entre sí*

Jean-Jacques Rousseau (1772)

1. INTRODUCCIÓN

Durante la formación de los Estados Unidos, los dirigentes americanos¹ asumieron que el establecimiento de una economía política republicana era imprescindible para mantener la virtud de su ciudadanía. Las reflexiones acerca del agro americano tuvieron un papel central en la definición del nuevo Estado. Las implicaciones de la agricultura para la configuración de la política y la gobernabilidad republicana, y sus relaciones con el sis-

Recepción: 2008-04-11 • Revisión: 2008-07-27 • Aceptación: 2009-07-17

Juan Luis Simal es becario de investigación (Fundación Ramón Areces) en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Autónoma de Madrid. Dirección para correspondencia: Departamento de Historia Contemporánea, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de Madrid, c/ Francisco Tomás y Valiente, 1, 28049 Madrid. E-mail: juanluis.simal@uam.es

1. Se emplea el término «americano» por ser el utilizado («American») por los contemporáneos para referirse tanto a las colonias británicas como a los Estados Unidos independientes.

tema fiscal, la producción de manufacturas, el comercio o la política exterior, sirvieron como punto de partida para los proyectos que intentaban establecer no sólo la base económica de la república estadounidense, sino también su dimensión política y moral.

El tema favorito de muchos republicanos, especialmente los cercanos a los virginianos Jefferson y Madison, al definir la República consistía, por un lado, en una abstracta conexión entre una sociedad agraria basada en la agricultura de subsistencia y la virtud de sus ciudadanos-granjeros (*yeomen*) y, por otro, el pánico a la pérdida de esa virtud cuando la sociedad se integrara en un mundo moderno de comercio y productos superfluos, que percibían como agentes generadores de lujo, corrupción y decadencia. Esta postura contrastaba con la política económica diseñada por las primeras administraciones federalistas, y fue en cierta manera construida como reacción a ella, aunque tenía poderosos cimientos intelectuales. Desde su ascensión en 1789 a la Secretaría del Tesoro, Alexander Hamilton impulsó un sistema económico basado en la intervención financiera del Estado federal a través de un poderoso aparato fiscal, una amplia deuda pública, una política favorable a la acumulación de capital y a la producción de manufacturas y unas relaciones comerciales centradas en una amable relación con Gran Bretaña, país que constituía su modelo de estado. Esta política encontró una obstinada oposición en el bando jeffersoniano, no sólo porque favorecía los intereses de los comerciantes del norte frente a la más agraria economía sureña, sino porque era percibida como esencialmente anti-republicana y moralmente equivocada. Este artículo analiza este enfrentamiento desde su inicio a finales del siglo XVIII, y concluye con una evaluación de sus efectos en la década de 1820.

2. RAÍCES INTELECTUALES DEL MITO AGRARIO AMERICANO

El incremento de la actividad comercial y de la producción y consumo de manufacturas durante la segunda mitad del siglo XVIII, y las tensiones que este proceso originó, llevó a la recuperación por ciertos pensadores europeos de la tradición clásica que exaltaba la agricultura como principal actividad productiva y fuente de riqueza material y moral en contraste con el comercio y la producción de manufacturas, consideradas fuentes de lujo y corrupción. Los fisiócratas, con quienes Jefferson había entrado en contacto durante su misión diplomática en Francia entre 1785 y 1789, eran los más extremistas cuando insistían en que la agricultura era la única fuente de riqueza. En Gran Bretaña, autores como Arthur Young contribuyeron a popularizar la imagen de la agricultura como base de la economía y la sociedad. Adam Smith la consideraba la base de la prosperidad económica, y destacaba en su teoría de la división internacional del trabajo que a las colonias británicas en América les correspondía una especialización agrícola, y que los americanos acer-

taron al importar sus manufacturas de la metrópoli (Smith, 1776, Libro 2, capítulo 5). En Francia, los intensos debates sobre política económica de las décadas previas a la revolución giraban en torno a las bondades que un impulso de la agricultura traería para la regeneración de la patria (Shovlin, 2006). En España, Jovellanos y Campomanes eran la cabeza más visible de una escuela de economía política que consideraba la agricultura como «la primera fuente, así de la riqueza individual, como de la renta pública» (Jovellanos, 1795: 100).

Además de su importancia económica, el mundo rural había adquirido para algunos –aunque no para todos sus defensores económicos– una fuerza estética y moral, en comparación con la suciedad, el libertinaje y la depravación de las cada vez mayores ciudades. Rousseau consideraba la agricultura como una escuela de virtudes y el único oficio digno para un ciudadano (Villaverde, 2004). Para muchos anglosajones, la revolución financiera vivida en Gran Bretaña desde finales del siglo XVII –con la creación del Banco de Inglaterra, una creciente deuda pública y la multiplicación de las corporaciones– había puesto el gobierno al servicio de los intereses de los especuladores y los círculos financieros, despojando a la *gentry* rural de su condición de garante de las libertades y la virtud de la nación. La influencia de los propietarios rurales y los arrendatarios libres, cuya independencia descansaba en la tierra y era considerada la base sobre la que descansaba la virtud para gobernar, estaba siendo desplazada por el capital financiero y comercial (Brewer, 1989). Para algunos esto era positivo y contribuía al aumento de la riqueza nacional, pero para el partido *Country* estaba yendo demasiado lejos, y transformando no sólo el paisaje, sino también la moral y la política del país. Estos acontecimientos eran percibidos como parte del diseño de una corrupta facción –formada por oscuros intereses asociados al nuevo dinero, y reunidos en torno al partido *Court*– para alterar el balance establecido por la constitución y apoderarse de la voluntad del rey, con el objetivo de intervenir en el gobierno a su favor (Pocock, 1975). La oposición *country* influyó poderosamente en los revolucionarios americanos, que en buena medida conceptualizaron su sublevación contra el Imperio británico en términos similares. La amenaza de que un corrupto gabinete despojara de sus derechos como británicos a los colonos americanos, poniendo fin a la libertad garantizada por la constitución inglesa, fue esgrimida como la principal motivación para la secesión (Bailyn, 1967; Wood, 1969). Debates similares se produjeron en la Francia prerrevolucionaria (Shovlin, 2006).

Cuando en 1785 Jefferson publicó *Notes on the State of Virginia*, donde exponía su aspiración de convertir América en un edén agrario, el ideal pastoral americano se había convertido en una ideología exhaustiva. Una imagen hasta entonces esencialmente estética se convirtió en una herramienta con implicaciones ideológicas y políticas (Marx,

1967). El ideal pastoral americano tuvo gran éxito en Gran Bretaña y Francia. Para Richard Price, pensador galés que apoyó la independencia y amigo personal de Jefferson,

«the happiest state of man is the middle state between the savage and the refined, or between the wild and the luxurious state. Such is the state of society in Connecticut, and some others of the American provinces; where the inhabitants consist, if I am rightly informed, of an independent and hardy YEOMANRY».

Jefferson leyó estas palabras cuando estaba en París a punto de publicar sus *Notes on Virginia*². Para Crèvecoeur, francés naturalizado americano y autor de las populares *Letters from an American Farmer* (1782), América ofrecía las condiciones apropiadas para la regeneración de la humanidad. Crèvecoeur contribuyó decisivamente a transformar al granjero en una figura de culto. Para él el paisaje tenía la capacidad de regenerar al hombre, al permitir que un hombre sencillo, a través del trabajo en su propiedad, adquiriera la suficiencia económica reservada a la nobleza. El contraste entre la Europa del Antiguo Régimen, donde la tierra era en su mayor parte propiedad de una nobleza percibida como indolente y corrompida, y la América del granjero trabajador prometía una multitud de oportunidades para la sociedad que se desarrollara en el suelo americano. No se trataba de la oposición entre un mundo salvaje habitado por bárbaros recolectores y uno de excesiva civilización y decadencia. Para Crèvecoeur, al igual que para Price, el estado salvaje tampoco era recomendable, sino que un estado intermedio era el más apropiado a la naturaleza humana. América era concebida como un mundo transformado, una tierra que a través del trabajo del hombre europeo había sido convertida en un paisaje rural ideal, entre la naturaleza edénica y la obscena ciudad pre-industrial. La comparación no se establecía entre la vida rudimentaria en estado de naturaleza y la vida en sociedad, sino entre la cultura americana y la europea. América era para Crèvecoeur un «gran asilo», un «refugio» donde huir de las contiendas europeas. Era posible identificar América con el tipo ideal virgiliano: una tierra hermosa, sin diferencias sociales, alejada del desconcierto europeo, en la que todavía era posible mantener las virtudes rurales.

2. PRICE, *Observations on the importance of the American Revolution* [1785], citado por MARX (1967: 105). El origen del término *yeoman* es inseguro. Desde época medieval connotaba cierto grado de propiedad de la tierra, y desde el siglo XVI se empleaba para referirse a prósperos granjeros pequeños, independientemente de si se encontraban ligados a la tierra por propiedad o arrendamiento. Indicaba un cierto estatus social, una posición intermedia entre la nobleza y la población rural más humilde, que en muchas ocasiones los emparentaba con la *gentry*. El término también se utilizó para referirse a los granjeros que trabajaban con sus manos la tierra, para distinguirlos de los *gentlemen*, muchas veces absentistas (WAGNER, 1972; KULIKOFF, 2000). Sin embargo no estaba extendido en la América de la época, y su popularización se debe a su uso por parte de los historiadores (APPLEBY, 1982).

Jefferson desarrolló un tema similar: ¿cómo podía una América rural contener las fuerzas que estaban transformando Europa? ¿Cómo era posible preservar una sencilla sociedad en el estado intermedio cuando el progreso empujaba hacia un mundo complejo? En *Notes on Virginia* Jefferson defendía esta alternativa para América, describiendo Virginia no como era, sino cómo debería ser. Una rigurosa descripción física convertía su proyecto en algo real, aunque introdujera pasajes poéticos. La sociedad rural de Jefferson apuntaba a un ideal pastoral, no al primitivismo. Lo que tenía en mente era ese estado intermedio ideal, situado entre los excesos del Antiguo Régimen europeo y el salvajismo de los indios (Marx, 1967).

En realidad, lo que impulsaba el proyecto de Jefferson era una reacción a la producción de manufacturas que empezó en las colonias durante la guerra, y que amenazaba con convertir América en una réplica de la Inglaterra corrompida que aborrecía. Para Jefferson, América tenía las condiciones necesarias para resistir ese proceso, en forma de grandes extensiones de tierras sin cultivar que constituirían la reserva moral de una república virtuosa. Así lo expresaba en el más célebre pasaje de *Notes on Virginia*:

In Europe the lands are either cultivated, or locked up against the cultivator. Manufacture must therefore be resorted to of necessity not of choice, to support the surplus of their people. But we have an immensity of land courting the industry of the husbandman. Is it best then that all our citizens should be employed in its improvement, or that one half should be called off from that to exercise manufactures and handicraft arts for the other? Those who labour in the earth are the chosen people of God, if ever He had a chosen people, whose breasts He has made His peculiar deposit for substantial and genuine virtue. (Jefferson, 1984: 290).

Para Leo Marx, el término más apropiado para describir el proyecto jeffersoniano no es tanto agrario como pastoral, por su abandono de consideraciones económicas. A diferencia de los fisiócratas u otros economistas, Jefferson no consideraba su sociedad agraria un proyecto económicamente eficiente. De hecho, en *Notes on Virginia* repudiaba el criterio económico al analizar las cualidades de las diferentes formas de sociedad. Al contrario que los fisiócratas o Young, que habían intentado demostrar la eficiencia de las grandes explotaciones, Jefferson continuaba defendiendo las bondades de la pequeña propiedad. Aunque Adam Smith insistiera en el mercado como el regulador natural y más eficiente, Jefferson lo continuaba asociando a instituciones opresoras, ambientes insalubres, degeneración, acumulación de turbas y pobreza. Jefferson valoraba la agricultura como el medio idóneo para la creación de una cultura republicana genuinamente americana basada en la virtud de los ciudadanos *yeomen*. En este sentido no podía estar más alejado de Young, que consideraba que una economía de subsistencia, aunque adecuada en tiem-

pos de la república romana, era absurda en el mundo moderno, porque sólo la explotación eficiente de la tierra y la comercialización de sus productos generaba la riqueza necesaria para dinamizar la economía y progresar. Para Young los agricultores de subsistencia eran «of no use in a modern state» (Young, [1774]1967: 48).

Para Jefferson las implicaciones políticas siempre fueron por delante de la dimensión económica. Rechazaba lo material como medida de calidad de una sociedad. La agricultura era ante todo un medio de preservar un modo de vida asociado a la virtud rural, y sus ventajas para la construcción de una república virtuosa primaban frente a la posibilidad de que una economía agraria de subsistencia fuera económicamente ineficiente. Su objetivo no era la riqueza, sino la suficiencia, mientras se consiguiera que América se mantuviera alejada de las nocivas e incontrolables fuerzas del mercado:

(...) [f]or the general operations of manufacture, let our workshops remain in Europe. It is better to carry provisions and materials to workmen there, than bring them to the provisions and materials, and with them their manners and principles. The loss by the transportation of commodities across the Atlantic will be made up in happiness and permanence of government. The mobs of the great cities add just so much to the support of pure government, as sores do to the strength of the human body. It is the manners and spirit of a people which preserve a republic in vigour. (Jefferson, 1984: 291).

Jefferson situaba la clave de esta visión en la posesión de la tierra por los hombres que la cultivaban y en el predominio de la granja familiar. «Cultivators of the earth are the most valuable citizens. They are the most vigorous, the most independent, the most virtuous», escribió en 1785 (1984: 818). La propiedad de la tierra alejaba a los *yeomen* de la sumisión que producía la dependencia del mercado, y traía consigo valores estéticos, morales, culturales, políticos e incluso religiosos. La principal diferencia entre el granjero americano y el trabajador europeo era política. Los trabajadores asalariados no podían ser ciudadanos activos porque eran dependientes de sus patrones, y por lo tanto no podían entrar libremente en la esfera pública. Para Jefferson esto era lo que ocurriría en América si se desarrollaba un sistema manufacturero similar al británico. Desde el punto de vista del mercado de trabajo, en Europa el desempleo se compensaba en parte por las ocupaciones proporcionadas por un gran ejército, una corte aparatosa, y un estilo de vida ocioso que demandaba sirvientes. Pero esto no podía permitirse en Estados Unidos sin poner en entredicho la moral y el sistema republicano.

Pero, ¿cuál era la realidad económica estadounidense? Aunque no es posible englobar en una única caracterización la variedad de las colonias americanas, una primera apro-

ximación debería tener en cuenta que desde el siglo XVIII su economía, eminentemente agrícola, se proyectaba con intensidad al mercado internacional y al local. Los productores, aunque todavía centrados en una agricultura de subsistencia, iban destinando progresivamente parte de su producción al mercado, lo que contribuía a dotar a la agricultura colonial de un distintivo carácter mixto. Hacia 1760 la mayoría de los granjeros podían ser considerados granjeros comerciales, a pesar de la persistencia de la agricultura de subsistencia en sus explotaciones. En las colonias sureñas cultivos destinados a la exportación, como tabaco y arroz, constituían la base de la economía de plantación esclavista dominante. Sin embargo, la dependencia de unos mercados internacionales inestables obligaba a los agricultores a producir además gran parte de lo que ellos y sus esclavos consumían. En el norte la agricultura respondía más al modelo ideal jeffersoniano de granjeros propietarios dedicados a la agricultura de subsistencia, aunque también producía vigorosamente para el mercado regional e internacional. La continuada inmigración europea y la creciente importación de esclavos africanos acreditan el éxito de los agricultores americanos. Por otro lado, el crecimiento continuado de la comunidad de comerciantes, tanto en los grandes puertos atlánticos como en el interior, evidencian la progresiva comercialización de la agricultura norteamericana (McCusker y Menard, 1991; Kulikoff, 1992).

Las condiciones de la distribución de la tierra en la América colonial habían favorecido una amplia participación política. Las cartas coloniales incluían requerimientos de propiedad para el voto que en algunas de las colonias, especialmente las más jóvenes donde la tierra era barata, permitían que alrededor del 70% de los hombres blancos pudiera votar. Sin embargo, en ciertas áreas rurales y en las poblaciones costeras, la proporción era mucho más baja, cercana al 40%. Los años anteriores a la revolución presenciaron un aumento del poder de las cámaras bajas en las asambleas coloniales. Pero aún eran las oligarquías las que dominaban la vida política, aunque se enfrentaran en numerosas ocasiones a rebeliones provenientes casi siempre del oeste rural. Con la revolución y sus reclamaciones de soberanía y representación, las clases intermedias empezaron a tener un papel efectivo en el gobierno y contribuyeron decisivamente a crear un sistema democrático de pequeños propietarios (Kulikoff, 1992; Wilentz, 2005). La revolución erosionó la estructura jerárquica de una sociedad monárquica e instaló el convencimiento de que el gobierno debía basarse en el consentimiento del pueblo soberano. Sin embargo los líderes patriotas seguían contando con que los más preparados y sabios, la «aristocracia natural», dirigiría los asuntos de gobierno, gracias a su virtud cívica (entendida como vocación por el bien común al margen de intereses particulares), que sólo se encontraba en hombres independientes. Esta independencia estaba íntimamente ligada a la propiedad de la tierra, el medio que aseguraba la autonomía política. Quienes no poseyeran la tierra que trabajaban podían ser manipulados por sus patronos o, al contrario,

aspirar a usar el poder político para despojar a éstos de su propiedad, constituyendo una fuente de inestabilidad. La situación de dependencia era aun mayor para los trabajadores urbanos (Wood, 1992). Así, el republicanismo revolucionario colocó la agricultura en el centro de su proyecto político.

El ideal agrario clásico en los Estados Unidos salidos de la revolución era lo suficientemente elocuente como para que George Washington cultivara su imagen pública como un moderno Cincinato, modelo de ciudadano-granjero virtuoso. Al igual que el héroe romano –que tras salvar la república renunció a su puesto de dictador y regresó a su granja– Washington se había retirado a su plantación tras lograr la victoria al frente del ejército continental. En 1788 Washington declinaba la oferta de Arthur Young de publicar fragmentos de su correspondencia sobre temas agrícolas, ya que quería «to keep myself as much from the eye of the world [and] to glide silently and unnoticed through the remainder of my life» (Knight, ed., 1847: 24). Para Young no era fácil comprender esta afectación que Washington se forzaba en presentar, ya que consideraba la simplicidad de maneras de la agricultura republicana romana como totalmente inadecuada para los tiempos modernos. Este comportamiento de Washington siempre tuvo algo de cálculo político en concordancia con sus ambiguas relaciones con el poder, pero sólo podía tener sentido en una sociedad intensamente permeada por el ideal de frugalidad rústica.

Jefferson admitía que los Estados Unidos algún día se verían inmersos en ese imparable mundo de comercio y manufacturas cuyas expresiones europeas detestaba. Sin embargo, no perdía la esperanza de posponer su llegada:

That day would, I think be distant, and we should long keep our workmen in Europe, while Europe should be drawing rough materials and even subsistence from America. But this is theory only, and a theory which the servants of America are not at liberty to follow. Our people have a decided taste for navigation and commerce. They take this from their mother country... (Jefferson, 1984: 836; 13 octubre 1785).

Jefferson optó por seguir las inclinaciones de la sociedad americana, aunque sólo fuera para encauzarlas dentro de su visión. Este reconocimiento de la fuerte presencia en la sociedad estadounidense de los característicamente europeos rasgos mercantiles y especulativos, que percibía como corruptores, anticipaba tanto su enfrentamiento con los federalistas como la salida que encontró al dilema al que sus convicciones le dirigían: la manera de integrar a los Estados Unidos en un mundo cuya degeneración comercial, urbana e industrial era inevitable, al tiempo que conservaba a la república y sus ciudadanos políticamente virtuosos.

Jefferson fue un hombre ambiguo. Aunque alabara la simplicidad rústica, la mayoría de sus aficiones y proyectos científicos y artísticos tenían mucho que ver con la civilización urbana. Recelaba de las grandes ciudades que conoció durante su estancia en Europa, y temía que las americanas terminaran pareciéndose a ellas. Reflexionó sobre la manera de evitar que las ciudades americanas se convirtieran en lugares insalubres y propuso proyectos urbanísticos para lograrlo (White y White, 1962). Su opinión nunca sería completamente coherente, pero hacia 1800, cuando accedió a la presidencia, su desconfianza hacia la vida urbana aún era manifiesta:

I view great cities as pestilential to the morals, the health and the liberties of man. True, they nourish some of the elegant arts, but the useful ones can thrive elsewhere, and less perfection in the others, with more health, virtue & freedom, would be my choice. (Citado en White y White, 1962: 17).

A pesar de las dificultades que los historiadores han tenido para ubicar en el republicanismo estadounidense la vertiente urbana y radical representada por Tom Paine, especialmente por su favorable disposición hacia el comercio (Foner, [1976] 2005), el cosmopolita publicista inglés siempre tuvo presente la importancia de la agricultura en su definición de sociedad republicana. «The first useful class of citizens are the farmers and cultivators», había escrito en 1778 (citado en Kaminski, 2002: 95). El republicanismo de Paine, de una vertiente británica más radical de la que formaba parte junto a otros críticos agraristas como Thomas Spence (Chase, 1988), rechazaba los intereses de los propietarios aristocráticos y simpatizaba con los trabajadores de la tierra:

The aristocracy are not the farmers who work the land, and raise the produce, but are the mere consumers of the rent; and when compared with the active world are the drones, a seraglio of males, who neither collect the honey nor form the hive, but exist only for lazy enjoyment. (Paine, 1795: 133).

Su dura crítica al aristocrático sistema británico le haría gozar de la estima del anglófono Jefferson, que le llegó a proponer como candidato para dirigir el sistema de correos estadounidense en 1791 (Elkins y McKittrick, 1993: 240).

La virtud, tal como era entendida por importantes sectores de la sociedad americana, estaba estrechamente vinculada a un tipo ideal de ciudadano identificado con el pequeño granjero propietario e independiente, que practicaba una agricultura centrada en la subsistencia, y que era el sustento moral de la república. La independencia política descansaba sobre la igualdad social y la seguridad económica que sólo los *yeomen* podían asegurar. La propiedad de la tierra era el medio para asegurar la libertad. La dependencia

de los ciudadanos respecto de un inestable mercado y los peligros corruptores de los centros manufactureros amenazaban el carácter republicano americano. Pero ante las diversas fases de estancamiento económico o inestabilidad política, esta doctrina se actualizaría para adaptarla al mundo comercial y a los desafíos presentados por Gran Bretaña.

3. UNA POLÍTICA ECONÓMICA PARA LA NUEVA REPÚBLICA: HAMILTON VS. JEFFERSON

Una vez conseguida la independencia, después incluso de la redacción de la constitución federal, un proceso quizás aun más importante tuvo lugar: la definición de cómo iba a ser la nueva república, su gobierno y su política económica e internacional. Fue en este momento cuando la cultura política republicana adquirió unos contornos más precisos, aunque no en la forma esperada por todos los padres fundadores. En estos debates, la posición que la agricultura debía tomar fue esencial (Elkins y McKittrick, 1993). Un análisis de la política económica posrevolucionaria permite apreciar las relaciones naturales que se establecieron entre el pensamiento republicano de origen clásico, el liberalismo económico y los argumentos políticos a favor del capitalismo. Ciertos aspectos de política económica adquirieron una vez establecido el Estado republicano tanta relevancia como las discusiones teóricas sobre las esencias políticas de la sociedad republicana.

El aspecto que permite iluminar con mayor claridad la relevancia de la política económica, y en especial del sector agrícola, es el titánico enfrentamiento entre Hamilton y Jefferson y sus seguidores federalistas y republicanos, así como las iniciativas tomadas durante las presidencias de Jefferson (1801-1809), Madison (1809-1817) y Monroe (1817-1825). Desde la formación del primer gobierno federal en 1789 se vivió una dura oposición entre federalistas hamiltonianos y republicanos jeffersonianos. Esta oposición se encuentra en el origen del primer sistema de partidos estadounidense. El enfrentamiento ha sido enfocado desde numerosos niveles: como una pugna entre los defensores de un sistema basado en la economía financiera y urbana, frente a uno agrario y rural que desconfiaba del mercado; entre un norte emprendedor y comercial y un sur agrícola y conservador; entre valedores de un poder federal centralizado y los partidarios de conservar amplias competencias estatales; entre pro-británicos y pro-franceses; entre dos modelos sociales enfrentados, uno autoritario y jerárquico y otro crecientemente democrático. Al reducir el conflicto a estas dicotomías se ignoran las complejas relaciones que se establecieron entre ellas, y no es posible observar la diversidad, ambigüedad y complejidad de los planteamientos de unos hombres que habían luchado juntos durante la revolución y habían colaborado para sacar adelante una constitución que estaba lejos de reunir el consenso que necesitaba. La posición que la agricultura debía tener en la orga-

nización del Estado fue un campo de batalla política por su capacidad para definir no sólo el sistema productivo sino el carácter de la república, la moral de sus ciudadanos y las relaciones internacionales de la nueva nación.

Establecer las corrientes intelectuales y preocupaciones que influyeron en republicanos jeffersonianos y federalistas hamiltonianos requiere un examen general del pensamiento occidental. Ambas tendencias eran parte de un mismo debate, que en el siglo XVIII ocupaba a filósofos políticos, economistas y dirigentes, y que tenía que ver con el carácter del estado moderno. Para entender las propuestas en materia de política económica de los jeffersonianos conviene considerar en primer lugar a su principal ideólogo: James Madison. Hamilton y Madison habían sido íntimos colaboradores en la convencción constitucional, y durante el proceso de ratificación sus artículos compartidos en *The Federalist* habían sido indispensables para vencer la oposición antifederalista. Ambos compartían su convicción de la necesidad de un gobierno federal fuerte. Es cierto que examinando sus argumentaciones en defensa de la constitución se vislumbran las posiciones que tomarán en la década de 1790: Madison en defensa del pluralismo como salvaguarda de la república y Hamilton en defensa de un poder fuerte que controlara las facciones. Pero esta lectura proyecta hacia el pasado un enfrentamiento que sólo empezó a tomar forma a partir de 1790, y cuya dinámica no podía estar aún enmarcada en una política partidista de la que ambos desconfiaban y que no tenía antecedentes. Su enfrentamiento culminó un progresivo desencuentro marcado por la incompatibilidad de sus respectivos proyectos para la organización de un estado que ellos, más que nadie, habían contribuido a edificar: la utopía financiera de Hamilton frente a la utopía agraria de Madison.

Como secretario del Tesoro en la primera presidencia de Washington, Hamilton diseñó e impulsó con deslumbrante energía un vigoroso sistema financiero que aspiraba a colocar a los Estados Unidos al frente de la política internacional. Su programa de construcción estatal pasaba por el establecimiento de un banco nacional que proporcionara capital a los emprendedores, un sistema fiscal eficiente y exhaustivo con el que financiar el gobierno federal y una dilatada deuda pública, la protección de las manufacturas nacionales, la formación de un ejército permanente, y la firma de tratados comerciales y de alianza estratégica con Gran Bretaña. El modelo ideal que Hamilton tenía en su mente era la gloriosa Gran Bretaña de Pitt, ejemplo de vitalidad económica y libertad política. La ventaja de poder crear casi desde cero un proyecto basado en los mismos principios, en una nación sin los obstáculos de la sociedad europea, reforzaba las esperanzas de Hamilton de que los Estados Unidos se convertirían en una potencia mundial. Contaba con el apoyo de destacados sectores de la sociedad americana, reflejado en las mayorías del Congreso que apoyaron sus propuestas legislativas.

Sin embargo, estas iniciativas alertaron a los sectores que se sentían perjudicados por ellas, o que las percibían como ataques a la moral y virtud republicanas. Agrupados en torno a Jefferson, paladín de un gobierno reducido a un mínimo operativo, la heterogénea coalición opuesta a Hamilton –felizmente bautizada por un historiador como «persuasión jeffersoniana»– reaccionaba ante la amenaza de un sistema que favorecía a los especuladores y a los intereses financieros, y que veía como monárquico y pro-británico. A cambio, proponía una sociedad agraria como reserva de la virtud republicana, ajena a la corrupción y decadencia que traería el modelo federalista. Un sistema basado en papel moneda, en bancos y en volátiles operaciones financieras no podía sustituir a la «sólida riqueza» creada por el «duro trabajo en la tierra» (Jefferson cit. en Wood, 2006: 135). Algunos historiadores han entendido este conflicto como una continuación de los temas desarrollados en Gran Bretaña por la oposición *Court vs Country* (Banning, 1978).

Antes ya de la implementación del programa hamiltoniano, Madison había defendido medidas opuestas, como el establecimiento en 1789 de un arancel sobre el tonelaje de las marinas mercantes extranjeras que discriminaba a Gran Bretaña a favor de Francia, y se había opuesto a los primeros pasos dados por Hamilton para consolidar la deuda pública a través de la asunción de la deuda de los estados por parte del gobierno federal. En todas estas maniobras había contado con el apoyo de un Jefferson que aún no había decidido entrar en el gobierno federal como secretario de Estado. Hamilton conseguiría finalmente sacar adelante sus proyectos y derrotar las iniciativas de Madison, pero éstas anticipaban el método que él y Jefferson utilizarían durante sus mandatos como principal instrumento de política internacional en su oposición a Gran Bretaña: la coerción comercial basada en la confianza de la superioridad de unos Estados Unidos agrarios y autosuficientes frente a una Gran Bretaña productora de superfluas manufacturas pero dependiente del grano americano.

4. EL COMERCIO Y LA REPÚBLICA AGRARIA

Los republicanos americanos tuvieron que acomodar sus objeciones morales al comercio cuando descubrieron que la supervivencia de la república dependía del mantenimiento de un comercio libre internacional. La necesidad de conciliar su temor a un excesivo desarrollo con la supervivencia de la república se tradujo en la aspiración a conseguir un comercio en las mejores condiciones posibles para Estados Unidos, y que colaborara en su estabilidad política.

A finales del siglo XVIII la política económica poseía una fuerte dimensión moral. Para los americanos la misión de la política económica de un gobierno consistía en asegurar

el ciudadano virtuoso (Crowley, 1974). En el pensamiento ilustrado era común la creencia en el progreso como un proceso natural e inevitable aunque el recelo al crecimiento incontrolado del comercio, del sistema financiero, de la deuda pública, del mercado de dinero, y de las grandes compañías comerciales se podía convertir en una poderosa arma política³. Para gran parte de los americanos, el imperio británico había empezado a experimentar un proceso similar desde las transformaciones iniciadas por la revolución financiera y ése había sido precisamente uno de los motivos que les habían impulsado a proponer la separación de Gran Bretaña. Muchos americanos percibían que el orden económico británico era tan corrupto como el político; eran, de hecho, dos caras del mismo problema.

Lo cierto es que la desconfianza hacia el comercio que presentaban los más ortodoxos republicanos estadounidenses venía siendo erosionada en Europa por sagaces corrientes de pensamiento que ya no consideraban el interés privado como un disolvente de los valores que mantenían la sociedad en armonía, sino que consideraban que su desarrollo era indispensable para la formación de un Estado virtuoso. Poderosas y muy influyentes defensas del comercio como fuente de prosperidad y estabilidad legitimaban la expansión de los intercambios comerciales (Hirschman, 1977).

La tradición intelectual republicana, que había dotado al agrarismo jeffersoniano de muchas de sus fuentes y simbología, también había participado en la formación de un pensamiento pro-comercial. Una de las cuestiones sobre la que los filósofos políticos más habían especulado desde la Antigüedad era el dilema entre libertad y grandeza. Salustio y más recientemente Maquiavelo habían afirmado que la grandeza de una república derivaba de su libertad política. Como mostraba el ejemplo romano, sólo tras la proclamación de la república había podido iniciarse la época más gloriosa de Roma. Sin embargo, una vez que la república gozaba de la libertad política y por tanto se encontraba en condiciones de alcanzar la grandeza, la consecuencia de perseguirla, de expandir la república, era inevitablemente la pérdida de esa libertad, ya que los hombres antes valientes y virtuosos se convertían en ambiciosos y avariciosos, el carácter de la república cambiaba y el gobierno se hacía cruel y despótico. El proceso desembocaba en la decadencia de la república, su caída y el fin de la libertad. Para Maquiavelo resultaba imposible para cualquier estado escapar al afán expansionista y, en cualquier caso, el que escapara sería vul-

3. El crítico más severo era Rousseau, que en el *Discurso sobre las Artes y Ciencias* (1750) y el *Discurso sobre la Desigualdad* (1754) relataba la historia de la humanidad como un itinerario marcado por la corrupción del hombre en su original estado de naturaleza a medida que se desarrollaban las instituciones.

nerable a la conquista de otros, con lo que perdería asimismo su libertad. El dilema consistía en qué camino tomar si ambos conducían a la pérdida de la libertad.

Estas preocupaciones fueron retomadas durante la revolución inglesa del siglo XVII por pensadores como James Harrington y Algernon Sidney, que se plantearon cómo resolver el dilema derivado de la relación entre imperio y libertad en el creciente imperio inglés. Su más notable contribución fue identificar el elemento diferenciador clave entre el mundo antiguo y el moderno: el comercio. La expansión comercial había alterado las máximas de la política republicana, hasta el punto de que algunos consideraban que el dilema de Maquiavelo quedaba así resuelto, o más bien obsoleto. Ya no era posible la existencia de repúblicas autárquicas en un mundo progresivamente interconectado y en el que comercio y guerra estaban ligados inextricablemente. A pesar de las reservas clásicas frente al comercio por su potencial corruptor, ahora era un «mal necesario» –según expresión de Davenant– que aseguraba estabilidad y grandeza simultáneamente. El modelo a seguir en estas circunstancias era el de una república comercial basada en el dominio de los mares, como Venecia u Holanda. Un imperio marítimo, no la expansión territorial, aseguraba grandeza sin necesidad de grandes ejércitos, sin el peligro de la llegada de un gobierno militar dirigido por generales victoriosos y sin la necesidad de sostener guerras de conquista. En cambio, enriquecería a la república y la haría estable interna y externamente. Esta conexión entre comercio y libertad fue repetida incansablemente por ensayistas y políticos británicos de las décadas siguientes, como Henry Parker, Bolingbroke o Trenchard y Gordon, autores de *Cato's Letters*, uno de los textos más influyentes en los revolucionarios americanos (Armitage, 2002).

Montesquieu retomó estos temas tan debatidos en su admirada Inglaterra. En su *Grandeza y decadencia de los romanos* (1734) había concluido que la decadencia de Roma se debió a la excesiva extensión de su imperio. También había establecido que las condiciones en las que se habían desarrollado las repúblicas de la Antigüedad ya no eran aplicables al mundo moderno. Las repúblicas de la Antigüedad estaban obsoletas. No podía ya haber repúblicas en grandes territorios. El comercio era la única fuente de prosperidad para una república en el mundo moderno, y sólo Inglaterra se encontraba en condiciones de seguir ese camino gracias a que su constitución garantizaba la libertad y a que su expansión no era territorial sino marítima, y por tanto adecuada a la expansión comercial. Pero además de sus ventajas estratégicas, Montesquieu veía muchas virtudes en el comercio, y destacaba los beneficios políticos (estabilidad y paz) y sociales (una sociedad más refinada) que su extensión traía consigo (Armitage, 2002; Manin, 2002). Desde la Ilustración escocesa se dio un impulso definitivo a esta postura, especialmente gracias a David Hume y Adam Smith, que coincidían en su consideración de la bondad del comercio, y en la posición aventajada de Gran Bretaña. En sus escritos económicos Hume había defendido

las ventajas de una sociedad comercial, argumentando que el comercio aseguraba una sociedad más feliz, poderosa y estable.

La valoración positiva del comercio estaba también presentes en el cosmopolita y refinado Jefferson, aunque en su pensamiento conviviera en tensión con su desconfianza hacia el capitalismo. En línea con Montesquieu, el comercio era para Jefferson una virtud moderna que domesticaba una ruda virtud clásica que ya no era posible ni deseable en un mundo ilustrado de sociabilidad y cortesía. El comercio entre naciones era el equivalente de las relaciones afectuosas entre personas ilustradas. La confianza del republicanismo moderno en el comercio como la más refinada forma de relación lo colocaba como el instrumento que sustituiría barbarie y guerra por colaboración y paz en un mundo civilizado (Wood, 2006). Pero el comercio no incluía para Jefferson un intercambio sistemático, desordenado y trivial de frivolidades, sino el de útiles productos de la tierra. El único comercio aceptable era aquel «sufficient to carry the surplus produce of agriculture, beyond our own consumption, to a market for exchanging it for articles we cannot raise (and no more)» (citado en Griswold, 1963: 33; 7 Abril 1809).

Cuando en 1801 Jefferson accedió a la presidencia, se propuso encaminar a la república por caminos distintos a los transitados por los federalistas, aunque tuviera que aceptar la realidad de la economía y la sociedad estadounidense. La visión de Jefferson de una república formada por ciudadanos-granjeros independientes, asentada en sus tempranas reflexiones acerca de la superioridad de la civilización agraria, y en oposición al sistema hamiltoniano, percibido como corrupto y peligroso para la república, enmarcó su acción de gobierno. El progreso social parecía indicar que un escenario como el británico era inevitable, pero los jóvenes Estados Unidos debían intentar reducir la velocidad del proceso. Para ello era necesario mantener una república agraria, y el comercio era el instrumento ideal para lograrlo.

El camino tomado por Jefferson guardaba una estrecha relación con la idea de Adam Smith de que al ser la tierra el factor productivo más eficiente, ninguna inversión en la producción de manufacturas o la expansión del comercio debería emprenderse hasta que todas sus posibilidades económicas hubieran sido explotadas. Aplicando esta lógica, la producción de manufacturas no debería empezar en América mientras hubiera tierra disponible para ser explotada. Precisamente, según el propio Smith eso era lo que los americanos habían hecho correctamente al invertir en la ocupación de nuevas tierras y en la mejora de los métodos de explotación. Por su parte los fisiócratas franceses, defensores de la libertad de comercio, consideraban la fijación mercantilista con la exportación de productos manufacturados y de lujo un error que llevaba a la decadencia económica; consecuentemente, el comercio exterior debía basarse en productos agrícolas. Las manu-

facturas que una sociedad cada vez más refinada como la estadounidense demandaría se deberían obtener en el exterior a cambio de productos agrícolas. Sólo un comercio exterior vigoroso basado en la libertad de mercado y una división internacional del trabajo que permitiera a los Estados Unidos mantener su especialización agraria podría garantizar la supervivencia de una sociedad sana de granjeros activos, emprendedores, republicanos, libres y virtuosos.

Para conseguir una producción agrícola que evitara producir manufacturas en territorio estadounidense era imprescindible que las tierras del oeste se pusieran en explotación. Con el acceso a esas tierras se conseguiría además evitar el que era considerado el otro gran problema de las sociedades modernas: la relación entre población y cantidad de tierra disponible. En Gran Bretaña, el exceso demográfico combinado con la escasez de tierras y el limitado acceso a la propiedad del sistema aristocrático tenía como consecuencia el empobrecimiento de una población que se veía obligada a ganarse la vida en trabajos miserables con salarios bajos en el sector manufacturero. La pauperización de amplios sectores de la población suponía un riesgo directo para la estabilidad social e impedía la creación de una ciudadanía virtuosa. Pero en América la gran cantidad de tierra desocupada que podía ser distribuida entre los no propietarios podría posponer este problema. Para ello era necesario que la República se expandiera territorialmente. Los primeros pasos se habían dado en la época de la Confederación con la *Land Ordinance* de 1785, promovida por Jefferson para facilitar la formación de propiedades familiares en tierras occidentales. Jefferson, ya como presidente, continuó esta estrategia –que sería característica de la política exterior estadounidense durante el siglo XIX– con la compra de Luisiana a Francia en 1803.

Así, para los jeffersonianos era necesario combinar la expansión territorial con la comercial para mantener la identidad agraria de la república. La respuesta se encontraba en una expansión espacial, en vez de una evolución temporal. La expansión en Estados Unidos fue analizada desde un marco interpretativo que debía mucho a las reflexiones sobre la relación entre expansión, libertad y bienestar de la república, y permitió a los jeffersonianos encontrar una salida al dilema entre el imperativo de proteger la libertad republicana y la necesidad de integrar la república en el mundo en que vivían. Según los jeffersonianos, América era el lugar ideal para construir una república virtuosa, pero esto pasaba por abrir los mercados internacionales a los excedentes agrícolas americanos, y Gran Bretaña no estaba dispuesta a aceptar semejante situación. Para forzar a los británicos a ello, la estrategia seguida por Jefferson como presidente se basó en la coerción comercial, que culminó con el embargo de 1807 y la guerra de 1812 (McCoy, 1980).

La idea de usar el comercio como herramienta de presión había estado presente en Jefferson desde su participación en el movimiento de *non-importation* en 1769, y había seguido siendo un elemento de su política exterior durante el período en el que había dirigido la Secretaría de Estado (1790-1793). La hipótesis sobre la que sustentaba el embargo era la convicción de que en una guerra comercial Estados Unidos se impondría a Gran Bretaña, ya que ésta dependía de los productos agrícolas americanos para su supervivencia, mientras que los estadounidenses podían sacrificar temporalmente la adquisición de manufacturas británicas. En realidad los estadounidenses no respondieron al paradigma de ciudadano virtuoso y el contrabando contribuyó al fracaso del embargo y al recurso final a la guerra.

Vistos desde hoy, los métodos que Jefferson empleó para aplicar esta política no parecían coherentes con los principios que había definido tan rigurosamente. Pero si los Estados Unidos querían afirmar su independencia económica y asegurar su expansión territorial, un gobierno nacional más fuerte era necesario para enfrentarse a Gran Bretaña y consolidar las pretensiones expansionistas en el continente frente a España y Francia. Jefferson fortaleció la figura del presidente a través de una serie de decisiones que la presidencia no estaba capacitada para tomar. La compra de Luisiana y la confrontación con Gran Bretaña obligaron a una fuerte intervención federal y al desequilibrio presupuestario. Jefferson fortaleció el poder federal frente a los estados, precisamente lo que había intentado evitar cuando comenzó su oposición a los federalistas. Sus contemporáneos advirtieron esta orientación. El agrarista John Taylor lo expresó así en 1810: «There are a number of people who (...) now view his policy as very like a compromise with Mr. Hamilton's» (citado en Griswold, 1963).

5. UN NUEVO ENTORNO

Una política económica basada únicamente en la especialización internacional agrícola para la exportación en un mercado libre no era viable, como demostró el conflicto con Gran Bretaña. Además, ésta no era la dinámica que la sociedad y la agricultura estadounidense vivía, como quedó claro tras la guerra. La agricultura continuaba siendo la base económica de los Estados Unidos, y la inmensa mayoría de la población se dedicaba a ella y vivía en áreas rurales⁴. Pero era una agricultura ya indudablemente comercial, y

4. A principios del siglo XIX más del 75% de la población norteamericana trabajaba directamente en granjas o plantaciones, y muchos de los restantes trabajadores realizaban tareas auxiliares a la agricultura; sólo el 4% de la población vivía en ciudades de más de 8.000 habitantes (KULIKOFF, 2000).

que no sólo producía para la exportación, sino que proporcionaba materias primas para las emergentes industrias del norte.

La culminación de la expansión hacia al oeste acabaría con cualquier aspiración de considerar la agricultura como el pilar de una república de virtuosos *yeomen*. Después de que la guerra de 1812 eliminara los últimos obstáculos a la expansión, al desplazar a indios, españoles y británicos, cientos de miles de colonos atraídos por el boom del algodón y el azúcar se establecieron en territorios que se convertirían en cinco nuevos estados (Rothman, 2005). Con el acceso franco a las vastas extensiones occidentales la agricultura norteamericana culminó el viaje iniciado en la época colonial, y para muchos la tierra dejó de ser imaginada como el recipiente de virtud para convertirse en un medio de enriquecimiento rápido. Los colonos –una combinación de inmigrantes, granjeros desplazados de sus propiedades en los estados costeros, grandes plantadores que querían dar salida a su excedente de mano de obra esclava, y aventureros– no tenían reparos en introducir el monocultivo de cualquier producto que tuviera asegurada su salida al mercado, ya fuera azúcar, tabaco o algodón, sin tener en cuenta sus efectos sobre la tierra. Cuando, exhausta, ésta dejaba de ser rentable para una explotación rápida, los colonos la vendían, o simplemente la abandonaban para pasar a otro terreno (Gates, 1960). Los agricultores eran presionados por los reformadores agrarios para que abandonaran cualquier vestigio de agricultura de subsistencia e introdujeran las innovaciones tecnológicas que les permitieran aumentar la eficiencia de sus explotaciones y concentrarse en la producción a gran escala destinada a los centros urbanos nacionales e internacionales (McClelland, 1997).

La demanda de medios de transporte y comunicación que permitieran el rápido acceso al mercado fructificó en una frenética actividad constructora fomentada por los gobiernos federales y estatales, que en pocos años erigieron una red de comunicaciones capaz de integrar en un único mercado las inmensas extensiones americanas. Gracias a ello la agricultura comercial se extendió a zonas interiores donde hasta entonces no había sido rentable (Larson, 2001). Sin embargo, la transición a una agricultura plenamente capitalista fue lenta y fragmentaria. No es posible comparar un sistema orientado al mercado, como el de la plantación esclavista sureña, con las pequeñas y medianas granjas del norte. Pero el sur y el norte no constituían regímenes económicos separados: las ciudades portuarias norteñas constituían no sólo la principal salida (junto a Nueva Orleans) para el algodón sureño con destino a Gran Bretaña, sino que los beneficios del algodón aportaron gran parte del capital necesario para el desarrollo industrial estadounidense, concentrado en el norte.

Este nuevo contexto definió la revolución del mercado, que impulsó definitivamente el capitalismo estadounidense (Sellers, 1991). Los estadounidenses participaban en una

economía movida por intercambios urgentes y la búsqueda de beneficios. Las ventajas concedidas a la producción de manufacturas y al sistema financiero –Madison aprobó un arancel proteccionista y reinstauró el Banco nacional en 1816– favorecieron el crecimiento urbano. El proceso iba acompañado de fuertes desigualdades y una creciente especulación promocionada por un gobierno federal que apostaba por la regularización del sistema bancario y el crecimiento de las sociedades corporativas. La estructura especulativa que estaba desarrollando el sistema financiero culminó en la crisis de 1819, que trajo consigo la pérdida de numerosos puestos de trabajo y la concentración de desempleados en las ciudades. Estos acontecimientos alarmaban a los nostálgicos de la república agraria, que los identificaban con fuerzas corruptoras que amenazaban la integridad de la nación y la libertad: «We are no longer to remain a plain and simple republic of farmers. We are fast becoming a great nation, with great commerce, manufactures, population, wealth, luxuries, and with the vices and miseries that they engender», advertía James Kent en la convención constitucional de Nueva York en 1821 (citado en Watson, 1990: 47).

Una nueva generación de líderes del partido republicano, especialmente Henry Clay y John Calhoun, se enfrentó a la crisis sin las cargas ideológicas que habían lastrado las políticas de Jefferson y Madison. Para Clay, unos Estados Unidos económicamente independientes debían ser capaces de producir las manufacturas que necesitaban. En su célebre discurso sobre aranceles de 1824, Clay advertía que la economía de los Estados Unidos, sumida en una grave crisis, ya no podía seguir basándose en la agricultura y en la importación de productos manufacturados. Una política económica basada en la exportación agrícola sólo tenía sentido cuando existía una elevada demanda internacional de productos americanos. Éste había sido el caso durante las décadas de guerra vividas en Europa, pero después de la estabilización europea en 1815 el escenario había cambiado, y la economía estadounidense no había sabido adaptarse a las nuevas condiciones. La seguridad nacional y el bienestar económico del país exigían la promoción de las manufacturas nacionales, con un doble objetivo: dar trabajo a la población desempleada, y crear un mercado interno para el consumo de la producción agraria estadounidense que no se podía colocar ya en el extranjero (McCoy, 1987). Para conseguir estos objetivos Clay promovió un ambicioso plan bautizado como *American System*. A través de altos aranceles se protegería a la naciente industria y se impulsaría el desarrollo urbano y comercial que complementaría a la sociedad rural, que saldría definitivamente de la autosuficiencia para integrarse en el mercado. A través de una subida del precio de las tierras en manos del gobierno federal se obtendrían los ingresos para financiar un grandioso programa de obras públicas destinadas a articular el mercado nacional y facilitar la comercialización de los productos agrícolas. Todo ello sería canalizado a través de un Banco que controlaría el crédito y mantendría fuerte la divisa (Watson, 1990: 113).

La caída en las exportaciones de granos fue compensada en parte por la expansión de la economía de plantación esclavista gracias al boom del algodón y el azúcar. Pero de esta forma tampoco se alcanzaba la ansiada independencia económica. La economía estadounidense seguía dependiendo del mercado exterior y estaba expuesta a las alteraciones de la demanda internacional, especialmente la británica. Además, la presencia de capital británico, tanto en forma de créditos como de inversiones directas, continuaba siendo decisiva para la economía estadounidense.

El *American System* de Clay suponía una recuperación de muchos de los presupuestos del programa federalista hamiltoniano de la década de 1790. El objetivo de Clay era alcanzar la independencia económica que los Estados Unidos habían intentado conseguir desde antes de obtener la independencia política. Sus propuestas eran defendibles políticamente. Alcanzar la independencia económica para asegurar el futuro y el bienestar de la república había sido el objetivo de los gobiernos de Hamilton, Jefferson y Madison. Su enfrentamiento derivaba de la aplicación de medidas enfrentadas para lograrlo. Pero tras los amargos primeros años del siglo XIX, marcados por el embargo y la guerra, se afirmaba una sociedad más interesada en perseguir el interés privado que en mantener su virtud cívica y dirigida por una nueva generación de líderes no surgidos de la elite colonial. De todas formas, la herencia del legado jeffersoniano continuaría presente en las luchas que los jacksonianos emprenderían en las décadas siguientes contra el sistema bancario.

Hamilton había muerto en 1803, pero Madison y Jefferson mostraron una actitud desigual con respecto a las nuevas relaciones entre las manufacturas y la agricultura. Tras la guerra, Madison tuvo que reconocer la necesidad de producir manufacturas en Estados Unidos para mantener la independencia económica y al final de su vida tomó una posición cercana a la de Clay. Se había convencido de la necesidad de una economía diversificada. La situación internacional había cambiado y era ineludible que los Estados Unidos se adaptasen a ella. Además de la variación del mercado internacional tras el fin de la guerra en Europa, las independencias iberoamericanas habían transformado la posición de Estados Unidos. La competencia de las nuevas naciones en la producción agrícola hacía necesario replantearse el papel de la economía. Quizás Estados Unidos podía adoptar en relación a Latinoamérica una posición semejante a la que Gran Bretaña había tomado tras su independencia: convertirse en su proveedor de manufacturas (McCoy, 1987: 142).

Por su parte, Jefferson se mostró a favor de la producción de manufacturas en Estados Unidos, aunque nunca abandonó su agrarismo. En la célebre carta de 1816 a Benjamin Austin queda reflejada la división que aún existía entre los republicanos agraris-

tas, de los que Jefferson empezaba a desmarcarse, y los sectores que abogaban por un cambio:

You tell me I am quoted by those who wish to continue our dependence on England for manufactures. There was a time when I might have been so quoted with more candor, but within the thirty years which have since elapsed, how are circumstances changed! (Jefferson, 1984: 1.370).

Las circunstancias a las que Jefferson se refería, las guerras napoleónicas y el enfrentamiento con Gran Bretaña, le habían demostrado que:

There exist both profligacy and power enough to exclude us from the field of interchange with other nations: that to be independent for the comforts of life we must fabricate them ourselves. We must now place the manufacturer by the side of the agriculturist... (Jefferson, 1984: 1.371).

La cuestión de la reserva de tierra americana dedicada a la agricultura había cambiado, y podía volver a hacerlo:

The former question is suppressed, or rather assumes a new form. Shall we make our own comforts, or go without them, at the will of a foreign nation? He, therefore, who is now against domestic manufacture, must be for reducing us either to dependence on that foreign nation, or to be clothed in skins, and to live like wild beasts in dens and caverns. I am not one of these; experience has taught me that manufactures are now as necessary to our independence as to our comfort (Jefferson, 1984: 1.371).

Jefferson cambió de opinión respecto a las ciudades tras la guerra de 1812, cuando se dio cuenta de que los centros manufactureros eran necesarios para conservar la libertad. Lo hizo por necesidad política y con desconfianza:

The agricultural capacities of our country constitute its distinguishing feature; and the adapting of our policy and pursuits to that, is more likely to make us a numerous and happy people, than the mimicry of an Amsterdam, a Hamburgh, or a city of London. (Citado por White y White, 1962: 18; 20 junio 1816).

La conversión de Jefferson había sido forzosa, incompleta y decidida por la política internacional. En sus últimos años de vida, aislado en Monticello y agobiado por sus deudas, él que tanto había criticado la deuda pública, se lamentaba del rumbo de la revolu-

ción americana, legitimando una sociedad mercantilizada y groseramente capitalista. Esta amargura se veía reflejada en su desilusión con la nueva generación de dirigentes. La acción política de Jefferson había expuesto sus ambigüedades personales y sus aparentes contradicciones intelectuales. Como ha escrito Wood:

(...) he spared himself nothing and was a compulsive shopper, yet he extolled the simple yeoman farmer who was free from the lures of the marketplace. He hated the obsessive moneymaking, the proliferating banks, and the liberal capitalistic world that emerged in the northern states in the early nineteenth century, but no one in America did more to bring that world about (Wood, 2006: 100).

Algunos historiadores han defendido que un proyecto liberal y capitalista estuvo presente en la política jeffersoniana desde sus inicios, y que aunque se le pueda considerar como un agrarista, era uno moderno que aceptaba el comercio y el desarrollo capitalista, y no un «heroic loser in the battle against modernity» (Appleby, 1982 y 1984. Cita en 1982: 836). Esta visión historiográfica minimiza el papel de las ansiedades causadas por el desarrollo financiero y pre-industrial y la tradición del republicanismo cívico en la formación del pensamiento jeffersoniano, pero nos recuerda que el entusiasmo de Jefferson por la agricultura no debe ser interpretado como un compromiso con el pasado. De hecho, para Jefferson la sociedad europea (básicamente los dos países en los que había residido, Francia y Gran Bretaña) estaba enferma, sobre todo, por su desigual reparto de la tierra. De Francia decía que «the property of this country is absolutely concentrated in a very few hands», y se preguntaba «what could be the reason so many should be permitted to beg who are willing to work, in a country where there is a very considerable proportion of uncultivated lands?» Y aunque era consciente de que «an equal division of property is impracticable», le atormentaban «the consequences of this enormous inequality producing so much misery to the bulk of humanity». En una carta escrita en 1785 desde Francia a Madison, anunciaba su postura en relación a un eventual plan de reforma agraria basado en una sociedad de pequeños granjeros independientes como alternativa al corrompido sistema europeo:

The earth is given as a common stock for man to labor and live on. If for the encouragement of industry we allow it to be appropriated, we must take care that other employment be provided to those excluded from the appropriation. If we do not, the fundamental right to labor the earth returns to the unemployed. It is too soon yet in our country to say that everyman who cannot find employment, but who can find uncultivated land, shall be at liberty to cultivate it, paying a moderate rent. But it is not too soon to provide by every possible means that as few as possible shall be without a little portion of land. The small landholders are the most precious part of a state. (Jefferson, 1984: 841-842).

La convicción jeffersoniana de que una sociedad agraria era la mejor alternativa para los Estados Unidos hay que contextualizarla en el escenario internacional de la era ilustrada y revolucionaria, donde encontró su mejor aliado en una Francia admirada por Jefferson, y en la que igualmente se planteó un republicanismo comercial agrario (Livesey, 1997 y Shovlin, 2006). La creencia en que las condiciones naturales de cada país lo hacían más apto a un tipo de gobierno y economía que a otros estaba extendida desde que Montesquieu expusiera en *El Espíritu de las Leyes* la manera en que el medio ambiente determinaba la política de los estados. Rousseau había propuesto en 1772 una república democrática basada en la agricultura y la virtud rústica para Córcega porque era lo más conveniente dadas sus circunstancias geopolíticas.

También en la España de la época se concibieron proyectos en sintonía con las posiciones jeffersonianas. Jovellanos, atento lector de los clásicos latinos y de las modernas obras de economía política, compartía con Jefferson la preferencia por la explotación familiar de tamaño medio, y consideraba que

(...) una inmensa población rústica derramada sobre los campos, no sólo promete al estado un pueblo laborioso y rico, sino también sencillo y virtuoso. El colono situado sobre su suerte, y libre del choque de pasiones, que agitan a los hombres reunidos en pueblos, estará más distante de aquel fermento de corrupción, que el lujo infunde siempre en ellos con más o menos actividad (Jovellanos, 1795: 28).

Los debates en torno al expediente de la Ley Agraria confluían alrededor de un conjunto de argumentos económicos, morales y políticos que señalaban la superioridad de la vida rural y del pequeño o mediano agricultor, considerado como el ciudadano más virtuoso, patriótico y productivo, y consentían un desarrollo industrial limitado y compatible con la preferencia por lo rural. Los proyectos colonizadores que Campomanes y Olavide impulsaron aspiraban a crear una sociedad agraria igualitaria de «útiles pequeños propietarios» (Olavide, citado por Herr, 1989: 54). Pero estos proyectos sólo se plantearon para el caso de nuevos asentamientos en terrenos baldíos o concejiles. La concentración de la tierra, el principal problema de la agricultura castellana, era un obstáculo insalvable para los reformistas ilustrados españoles que no podían desafiar explícitamente los derechos de propiedad de nobleza e Iglesia, y que sólo aspiraban a fortalecer la monarquía a través de «medios suaves e indirectos» (Llombart, 1992: 220). Jefferson optó por un programa muy similar, aunque con dos diferencias esenciales: disponía de grandes extensiones que colonizar y, fundamentalmente, era un revolucionario. Además de limitar sus propuestas a la Península, donde la tierra disponible era escasa, los ilustrados españoles no aspiraban a dismantelar la sociedad jerárquica. Sin embargo, años después el liberal revolucionario Álvaro Flórez Estrada, desconfiando de los peligros de un comercio excesivo que

generaba lujos innecesarios y corrompía las virtudes, defendería para España una posición basada en un agrarismo librecambista que le permitiera especializarse en una agricultura de exportación (Almenar Palau, 2004).

6. CONCLUSIONES

La conexión entre agricultura y política ha sido una constante de la vida estadounidense, y los defensores de la conservación de la explotación familiar como requisito para la supervivencia de la democracia han levantado sus voces a medida que el sector agrícola ha ido perdiendo peso en la estructura económica y demográfica estadounidense, aunque se mantiene cierta sobre-representación de los intereses rurales en el sistema político⁵. La desconfianza hacia la ciudad y el refugio en el campo han sido temas recurrentes para muchos intelectuales y artistas norteamericanos, y son parte de la cultura popular estadounidense (White y White, 1962). La imagen de Jefferson sigue estando asociada a la defensa de unos valores definidos como propios del carácter americano, e identificados con las virtudes de la vida rural (Peterson, 1960). En muchos otros países el sector agrario ha reclamado y en ocasiones obtenido un tratamiento especial por considerarse esencialmente diferente de otros sectores, pero quizás en ninguno se ha hecho con más confianza que en Estados Unidos, en buena medida por su extendida asociación con la supervivencia de la democracia americana. Es conocida la tesis del sociólogo Carl C. Taylor (1953) de que un movimiento de granjeros con una ideología coherente atraviesa toda la historia estadounidense desde la época colonial. Es posible trazar una larga tradición de desobediencia agraria que hunde sus raíces en la época colonial y que obtuvo legitimación política tras la revolución. En los siglos XIX y XX movimientos sociales que respondían al avance del capitalismo y del aparato del gobierno federal recuperaron el lenguaje del pequeño granjero independiente para enfrentarse a las grandes empresas agrícolas y al cada vez más omnipresente y regulador estado. Numerosas asociaciones agrarias, con importantes ramificaciones políticas como el populismo de finales del siglo XIX, se presentaban como defensores de la auténtica democracia americana frente a la corrupción, la especulación, el consumismo y la miseria moral que las grandes corporaciones apoyadas por el *establishment* político traían al país. Esta pugna se cerró en falso tras la gran depresión con una débil y conflictiva alianza entre el mundo rural y el estado liberal, y la protesta rural reaparecería recurrentemente en las siguientes décadas. Pero ade-

5. De los 297 millones de habitantes de EEUU en 2004, 57 millones (19%) vivían en zonas rurales, aunque sólo el 2% era población agrícola. La aportación del sector primario (incluyendo la pesca) al PIB era en 2003 del 1,2%. La tendencia es a la baja (FAO, www.fao.org) y (Banco Mundial, www.worldbank.org).

más de formar parte de corrientes cuyas reclamaciones podrían ser calificadas de progresistas, los movimientos agrarios estadounidenses siempre han estado acompañados de un reverso intolerante, nativista, racista y ultraderechista (Mooney y Majka, 1995; Stock, 1996; Danbom, 2006).

Los jeffersonianos carecían del holismo característico de los agrarismos conservadores, especialmente europeos, de los siglos XIX y XX (Pan-Montojo, 2007). Aunque la importancia en la concepción de la virtud cívica del sacrificio por la comunidad dificulta otorgarle cualquier definición de individualista, los *yeomen* no aspiraban a pertenecer a ningún grupo social diferenciado del resto de la comunidad política, sino que eran el paradigma de ciudadano ideal, el ciudadano-granjero. Políticamente, el proyecto jeffersoniano aspiraba a la construcción de un orden igualitario, republicano, y potencialmente democrático. En este sentido era revolucionario y se proyectaba hacia el futuro. En realidad, el objetivo de Jefferson no variaba mucho respecto del de los agrarismos conservadores posteriores: ambos aspiraban a evitar la conflictividad social. Pero la receta de Jefferson era muy diferente, aunque similar a la de reformistas ilustrados como los españoles o a la de revolucionarios como los franceses: el refuerzo e incremento de los pequeños propietarios rurales independientes –a través de una reforma agraria que extendiera la propiedad de la tierra si fuera necesario– para evitar la acumulación en las ciudades de masas de asalariados desempleados y descontentos.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco los comentarios de Juan Pan-Montojo, Darina Martykánová y de los evaluadores anónimos de esta Revista, y el apoyo financiero de la Fundación Ramón Areces.

REFERENCIAS

- ALMENAR PALAU, S. (2004): «Economía política y felicidad pública en la obra de Álvaro Flórez Estrada», en VARELA SUANZES-CARPEGNA, J. (coord.), *Álvaro Flórez Estrada (1766-1853). Política, economía, sociedad*, Oviedo, Junta General del Principado de Asturias, pp. 401-438.
- APPLEBY, J. (1982): «Commercial Farming and the ‘Agrarian Myth’ in the Early Republic», *The Journal of American History*, 68, 4, pp. 833-849.
- APPLEBY, J. (1984): *Capitalism and a New Social Order: The Republican Vision of the 1790s*, Nueva York, New York University Press.

- ARMITAGE, D. (2002): «Empire and liberty; a republican dilemma», en VAN GELDEREN, M. y SKINNER, Q. (eds.), *Republicanism, a shared European heritage*, vol. II, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 29-46.
- BAILYN, B. (1967): *The Ideological Origins of the American Revolution*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- BANNING, L. (1978): *The Jeffersonian Persuasion: Evolution of a Party Ideology*, Ithaca, Cornell University Press.
- BREWER, J. (1989): *The Sinews of Power. War, Money and the English State, 1688-1783*, Londres, U. Hyman.
- CHASE, M. (1988): *The People's Farm. English Radical Agrarianism, 1775-1840*, Oxford, Clarendon Press.
- CROWLEY, J. E. (1974): «This Sheba, Self». *The conceptualization of Economic Life in Eighteenth-Century America*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- DANBOM, D. (2006): *Born in the Country. A History of Rural America*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- ELKINS, S. y MCKITRICK, E. (1993): *The Age of Federalism*, Nueva York, Oxford University Press.
- FONER, E. [1976] (2005): *Tom Paine and Revolutionary America*, Nueva York, Oxford University Press.
- GATES, P. W. (1960): *The Farmer's Age, 1815-1865*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston.
- GRISWOLD, A. [1948] (1963): *Farming and Democracy*, New Haven, Yale University Press.
- HERR, R. (1989): *Rural Change and Royal Finances in Spain at the End of the Old Regime*, Berkeley, University of California Press.
- HIRSCHMAN, A. (1977): *The Passions and the Interests. Political Arguments for Capitalism before its Triumph*, Princeton, Princeton University Press.
- JEFFERSON, T. [PETERSON, M. (ed.)] (1984): *Jefferson Writings*, Nueva York, The Library of America.
- JOVELLANOS, G. M. (1795): *Informe de la Sociedad Económica de esta Corte al Real y Supremo Consejo de Castilla en el Expediente de la Ley Agraria*, Madrid, Imprenta de Sancha.
- KAMINSKI, J. (2002): *Citizen Paine*, Lanham, Madison House.
- KNIGHT, F. (ed.) (1847): *Letters on Agriculture from his Excellency George Washington, president of the United States, to Arthur Young and Sir John Sinclair*, Washington DC.
- KULIKOFF, A. (1992): *The Agrarian Origins of American Capitalism*, Charlottesville, University Press of Virginia.
- KULIKOFF, A. (2000): *From British Peasants to Colonial American Farmers*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

- LARSON, J. (2001): *Internal Improvement. National Public Works and the Promise of Popular Government in the Early United States*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- LIVESEY, J. (1997): «Agrarian ideology and commercial republicanism in the French Revolution», *Past and Present*, 157, pp. 94-121.
- LLOMBART, V. (1992): *Campomanes, economista y político de Carlos III*, Madrid, Alianza.
- MANIN, B. (2002): «Montesquieu, la república y el comercio», en AGUILAR, J. A y ROJAS, R. (eds.), *El republicanismo en Hispanoamérica. Ensayos de historia intelectual y política*, México, FCE, pp. 13-56.
- MARX, L. (1967): *The Machine in the Garden. Technology and the Pastoral Ideal in America*, Nueva York, Oxford University Press.
- MCCLELLAND, P. D. (1997): *Sowing Modernity. America's first Agricultural Revolution*, Ithaca, Cornell University Press.
- MCCOY, D. (1980): *The Elusive Republic. Political Economy in Jeffersonian America*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- MCCOY, D. (1987): «An unfinished revolution: the quest for economic independence in the Early Republic», en GREENE, J. (ed.), *The American Revolution. Its Characters and Limits*, Nueva York, New York University Press, pp. 131-147.
- MCCUSKER, J. J. y MENARD, R. (1991): *The Economy of British America, 1607-1789*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- MOONEY, P. y MAJKA, T. (1995): *Farmers' and Farm Workers' Movements: Social Protest in American Agriculture*, Nueva York, Twayne Publishers.
- PAINE, T. (1795): *The rights of man*, Londres, Eaton.
- PAN-MONTOJO, J. (2007): «Reconstructing 'Communities' and Uniting 'Classes': Agrarian Movements and Agrarismo in Spain, 1882-1917», en PAN-MONTOJO, J. y PEDERSEN, F. (eds.), *Communities in European History: Representations, Jurisdictions, Conflicts*, Pisa, Pisa University Press, pp. 109-131.
- PETERSON, M. (1960): *The Jeffersonian Image in the American Mind*, Nueva York, Oxford University Press.
- POCOCK, J.G.A. [1975] (2003): *The Machiavellian Moment: Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*, Princeton, Princeton University Press.
- ROTHMAN, A. (2005): *Slave Country. American Expansion and the Origins of the Deep South*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- ROUSSEAU, J. J. [HERMOSA, A. (ed., traductor) [1772] (1988): *Proyecto de Constitución para Córcega. Consideraciones sobre el gobierno de Polonia*, Tecnos, Madrid.
- SELLERS, C. (1991): *The Market Revolution: Jacksonian America, 1815-1846*, Nueva York, Oxford University Press.
- SHOVLIN, J. (2006): *The Political Economy of Virtue. Luxury, Patriotism and the Origins of the French Revolution*, Ithaca, Cornell University Press.

- SMITH, A. [1776] (1976): *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Oxford, Clarendon Press.
- STOCK, C. M. (1996): *Rural Radicals. Righteous Rage in the American Grain*, Ithaca, Cornell University Press.
- TAYLOR, C. C. (1953): *The farmers' movement, 1620-1920*, Nueva York, American Book Company.
- VILLAVERDE, M. J. (2004): «Estudio introductorio», en ROUSSEAU, J. J., *El contrato social*, Madrid, Istmo, pp. 7-34.
- WAGNER, A. (1972): *English Genealogy*, Oxford, Oxford University Press.
- WATSON, H. L. (1990): *Liberty and Power. The Politics of Jacksonian America*, Nueva York, Hill and Wang.
- WHITE, M. y WHITE, L. (1962): *The Intellectual versus the City. From Thomas Jefferson to Frank Lloyd Wright*, Cambridge, Mass., Harvard University Press y The M.I.T. Press.
- WILENTZ, S. (2005): *The Rise of American Democracy*, Nueva York, Norton.
- WOOD, G. S. (1969): *The Creation of the American Republic (1776-1787)*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- WOOD, G. S. (1992): *The Radicalism of the American Revolution*, Nueva York, Knopf.
- WOOD, G. S. (2006): *Revolutionary Characters*, Nueva York, Penguin Press.
- YOUNG, A. [1774] (1967): *Political Arithmetic*, Nueva York, A. M. Kelley.